

Desde el ideal de la conquista de Jerusalén al de la cristianización de América

Melquiades ANDRÉS MARTÍN

1.- EL TEMA.

El descubrimiento de América y sus consecuencias cambiaron los esquemas políticos, económicos y religiosos europeos, conforme se tomó conciencia del acontecimiento.

El porvenir de la juventud, concretado en el tradicional Iglesia, mar o Casa Real, se enriqueció pronto con la referencia a los países recién descubiertos. Algo similar aconteció en las órdenes religiosas, especialmente en las ramas observantes. En el primer momento viajaron a América marineros, algún clérigo y los enviados regiois. Luego se añadieron misioneros, aventureros y gentes en busca de un vivir más desahogado.

Muy pronto se hizo necesario un recio control estatal de la Casa de la Contratación y del Consejo de Indias, fundado definitivamente en 1524 y con ordenanzas perfectamente perfiladas desde 1571.

El cambio obrado en España y en toda Europa acaso resulte comparable con lo que actualmente llamamos posmodernidad y salida del hombre al espacio: Entonces renacimiento y reforma y viaje a América en aquellas cáscaras de nuez que tardaban dos, tres y hasta cuatro meses en llegar a la Española y a Veracruz, ahora posmodernidad y viajes espaciales recién iniciados.

¿Existe algún posible influjo de la cristianización de América en la difuminación del ideal de la conquista de Jerusalén en el siglo XVI?

Dos cosas contribuyeron a la formación del mito de la América hispana: Las riquezas naturales, en especial los metales preciosos, y la cristianización.

Con la pura explotación económica no hubiera habido inculturación ni injerto de la religión cristiana y de la cultura de Occidente. Lo constatan tantas regiones africanas y asiáticas simplemente explotadas. El descubrimiento no fue principalmente conquista ni encuentro, tan coreados en el pasado centenario, sino inculturación e injerto. Frente al grupo de conquistadores, que representaban el poder, los misioneros, especialmente los franciscanos, se hicieron todo a los indios, aprendieron sus lenguas, compusieron gramáticas y diccionarios, comieron, durmieron y viajaron como ellos y les iniciaron en la religión cristiana y en los derechos humanos, de modo pacífico y sin armas, con su palabra, ejemplo y entrega total, hasta dejar sus cuerpos enterrados en los campos de evangelización.

Les ayudaron emigrantes que no vivían en tiendas fácilmente transportables para sólo comerciar, sino viajaron para quedarse, y construyeron municipios, ciudades, iglesias, audiencias... Esta compleja realidad influyó en la difuminación creciente del ideal de la conquista de Jerusalén y en el salto del Mediterráneo al Atlántico como mar de la cultura y del poder político y militar. El número de misioneros españoles en el mundo protestante antes y después de Trento fue muy reducido; en América y Filipinas, unos quince mil.

2.- EL MARCO

La conquista de Jerusalén en los siglos XV Y XVI no es sólo tema de acento militar o milenarista. Las cruzadas y los movimientos joaquinistas alentaron un difuso movimiento popular y sobre todo cortesano de reconquistar Jerusalén, avivado por la conquista turca de Constantinopla y su penetración por el valle del Danubio. La reconquista del reino de Granada acaloró el deseo de aniquilar el Islám, propulsado incluso por el cardenal Cisneros en la campaña de Mazalquivir (1509) y mantenido en penumbra por las actuaciones más bien defensivas de Carlos V en el Mediterráneo. La unidad política de España, después del feliz final de su llorada «destrucción», hizo soñar con la unidad completa de la ecumene. El mismo Colón, en su *Libro de las profecías*, propone la conversión de todos los pueblos y la conquista de Jerusalén, como expresión de la unidad del mundo.

Abundan las referencias a ese ideal en joaquinistas, autores espirituales como Ximénez de Préxamo, obispo de Badajoz, en *Lucero de la vida cristia-*

na, (Salamanca, 1493, siete ediciones incunables); en los sueños de Las Casas, Sepúlveda, Mendieta, sin excluir del todo la concepción imperial de Carlos V como *christianitas*; en teólogos como Cristobal de San Antonio en *Triumphus Christi contra infideles*, (1524) y en exegetas como Antonio Oncala, que fundamenta la presencia de soldados españoles en la conquista de Jerusalén en la profecía de Abdías (*Pentaplon christianae pietatis*, Alcalá, 1546, fol. 91). El libro más comprometido en este terreno pertenece a Vasco Días de Tanco, *Palinodia de la nephanda y fiera nación de los turcos*, Orense 1547, que describe un proyecto de ofensiva general contra el turco, proyectado, a su parecer, por el Gran Capitán, en el cual el emperador Maximiliano atacaría por Servia; España, Portugal, Nápoles y Sicilia por Albania; Francia por el Peloponeso; Inglaterra y Venecia por los Dardanelos. El libro recopila y aumenta otro de un obispo italiano de Nozera. Fue tema de propaganda política en las cortes europeas.

El mito y ensueño de la conquista de Jerusalén en los siglos XV y XVI ha sido abordado por Luis Suárez en el volumen 17 de la *Historia de España*, dirigida por Menéndez Pidal, y por Alain Milhou en *Colón y su mentalidad mesiánica*, Valladolid, 1983. Se esfumó poco a poco por la ruptura de la unidad cristiana de Occidente, realizada por Lutero, los escarceos franceses con los turcos y la aceptación por España de cristianizar los pueblos recién descubiertos. Todavía Müntzer en 1525 y los anabaptistas en 1534 ss, creyeron que Estrasburgo sería la nueva Jerusalén. También algunos alumbrados del Perú anunciaron una nueva Roma suramericana.

Dos realidades salen inmediatamente al encuentro cuando se aborda el tema de la cristianización del Nuevo Continente: el *Real Patronato de Indias* y la espiritualidad de los observantes y de las nuevas órdenes religiosas, como la Compañía de Jesús. La Casa de la Contratación y el Consejo de Indias catalogan las múltiples barcadas de misioneros hacia el Nuevo Mundo.

Ya Alejandro VI en la bula *Inter coetera* (4 de Mayo de 1493) confiaba a los Reyes Católicos la obligación de enviar evangelizadores a las tierras en proceso de descubrimiento. El rey Católico recabó el derecho de percibir diezmos de todos los productos naturales y artificiales, como compensación por la carga que supondría el sostenimiento de una iglesia en ciernes. Aún no habían sido descubiertos los ricos mineros de metales preciosos. Los procedimientos a seguir en lo religioso se fueron clarificando en tiempo de Julio II

(1503-1513), especialmente entre 1510 y 1513. Las catedrales e iglesias de América Española se hicieron de acuerdo con la concordia de Burgos (1512) entre Fernando el Católico y los primeros obispos del continente recién descubierto. Ello explica el generoso donativo de 12.000 ducados, hecho por el rey Fernando en 1512, para la construcción de la catedral de Santo Domingo, primada de las Indias.

El rey fallece en 1516 en Madrigalejo, pueblo cercano a Trujillo de Extremadura. Un agorero le había avisado que se librara de Madrigal de las Altas Torres, cuna de la reina Isabel y residencia de dos monjas agustinas, hijas suyas.

En estos primeros años del siglo XVI tuvo lugar en la Sierra de Gata, acaso en el convento de Descargamaría, una visión o ensueño del franciscano descalzo fray Martín de Valencia, futuro superior de los Doce Apóstoles de México, sobre la conversión de los nuevos pueblos situados más allá del Mar Tenebroso. Años de preparación del desembarco español en el Nuevo Continente, de amasamiento casi paralelo del luteranismo y de la descalcez extremeña.

En la sierra de Gata se habían refugiado algunos observantes descalzos castellanos y en tierras extremeñas encontraron acogida posteriormente los primeros descalzos extremeños, después de su fracasada experiencia misionera en Granada, en espera de tiempos favorables en las curias de Roma y de los Reyes Católicos para su estrictísima observancia. Se les acusaba de enemigos de la unidad y buena marcha de la orden del Poverello. Pasaron una larga noche de supresiones y restauraciones, superadas definitivamente, en 1518¹. Tanta era la transcendencia de preparar pobres voluntarios que comprendiesen y ayudasen a pobres militar y moralmente vencidos.

3.- LA ESPIRITUALIDAD DE LOS DOCE APÓSTOLES DE MÉXICO EN EXTREMADURA Y EN NUEVA ESPAÑA.

Los descalzos nacen cuando la observancia rebaja sus parámetros al sentirse apoyada por reyes, nobles y prelados. Su ideal de mayor estrechez y pobre-

¹ (M. Andrés, *Primeros pasos hispano-lusos de la descalcez franciscana*, Primer Congreso Portugués de historia moderna, Lisboa, Oct. de 1986, «Alcántara» 23-24 (1991) 149-169).

za se denomina observancia estrictísima y descalcez. Estamos en torno a 1500, cuando Europa alcanza alta expansión económica. En Extremadura crece el número de pobres, mientras las órdenes militares aceleran su proceso de aburguesamiento. La descalcez es la respuesta cristiana al lujo del renacimiento.

Pobreza, como renuncia a poseer bienes de modo personal o como comunidad conventual, y sus numerosas acentuaciones y mitigaciones, llena la historia de la orden franciscana en los siglos XIII y XIV. Pero ¡cómo suaviza su extremosidad ideológica en nuestra piel de toro y cómo acentúa su sentido interior de renuncia a sí mismo y de servicio a los demás. Esa ejemplaridad deslumbró a la sociedad española hasta afectar, en las últimas décadas del XVI y primeras del XVII, a once órdenes religiosas: franciscanos, carmelitas, agustinos, trinitarios, mercedarios, cistercienses, dominicas (Lauras), bernardas, jerónimas, agustinas, canónicas agustinas.

Retorno sin mitigaciones a algunos aspectos de la Iglesia apostólica y a la regla primitiva de la orden. Los descalzos extremeños no son ideólogos ni indoctrinadores sino vivenciadores de uno de los dogmas fundamentales del cristianismo: la kenosis del Verbo, que sin dejar de ser Dios se nos entrega como hombre en desnudez de poder en la encarnación, pesebre y cruz.

La descalcez franciscana había reflorado en Castilla a mediados del siglo XV, pero al no ser reconocida por la observancia dentro de la orden, se refugió en la sierra de Gata y refloreció poco después (1496) en Extremadura. Los aztecas comprobaron inmediatamente el contraste abisal entre los miembros del ejército de Cortés y los Doce descalzos enviados por el ministro general de la Orden, fray Francisco de Quiñones, en 1525.

Los Doce vieron claro el sendero de la evangelización. Su ideal religioso les situaría entre el mundo de los vencedores y el de los vencidos. Fray Francisco de Quiñones, vicario general de la orden franciscana había escogido doce evangelizadores descalzos «porque este fué el número que Cristo tomó en su compañía para hacer la conversión del mundo» para que plantasen el evangelio y nuestro modo evangélico de vivir en Nueva España.

Pies descalzos, como símbolo religioso, traspasaba toda la existencia: casa, comida, vestido, ajuar, dormida ..., sobre todo, a la persona, que tenía que

desapropiarse de sí misma, viviendo el misterio de Cristo como kénosis, anihilación o humillación de sí mismo y entrega a los demás a través de la encarnación, pobreza, ternura y servicio. Los Doce no llevaron a México cosas sino a sí mismos como don a Dios y a los hombres.

Sin entender esta espiritualidad se puede escribir la historia demográfica, económica, política, institucional, militar de la América hispana o de parte de ella, pero no se llega a las raíces últimas de los protagonistas y de su modo de actuar. Es más fácil refugiarse en la utopía de Tomás Moro, en el erasmismo, joaquinismo o milenarismo, que penetrar en la interioridad de aquellos hombres y de sus vivencias. En la soledad inicial mexicana revivieron los modelos de iglesias, hospitales, colegios y cofradías de las villas y ciudades castellanas, de los libros espirituales que los alimentaron en la metrópoli, del ideal de iglesia primitiva sin las manchas y deformaciones comunes en Europa. Libros como *Sol de contemplativos* (1514), *Spill de la vida religiosa* (1515), *Arte para servir a Dios* (1521) y tantos más.

Tres largos meses de barco y la subida desde la costa a México- ciudad les abrió los ojos sobre su papel de intermedio entre el mundo de los vencedores y de los vencidos, todos personas humanas, creadas a imagen y semejanza de Dios y redimidas por Jesucristo. Todos, por tanto, deben participar en el nuevo orden jurídico nacido del choque militar. Eso anhelaban también a su modo Cortés y sus soldados cuando suplicaron al Emperador y a fray Francisco de los Angeles, que les enviasen «religiosos...de mucho mejor vida que nosotros, para que diesen a entender que los razonamientos y predicaciones que les decíamos eran verdaderas..., cuando estábamos con ellos»².

En la acción española en América hay que distinguir descubrimiento, conquista y evangelización. Las dos segundas son cosas muy distintas. La primera se basa en la fuerza y en la busca de intereses terrenos; la segunda, en el servicio a todos, especialmente a los más necesitados, haciéndose uno más de ellos. De ahí las fricciones entre franciscanos y capitanes, encomenderos e incluso con la Audiencia. Se conserva una carta de Zumárraga al cesar Carlos pidiendo que cesen las conquistas, porque «son aprobiosas injurias de nuestra cristiandad..., y si su Majestad comete esta cosa a su Visorey..., yo creo que

² (Bernal Díaz del Castillo, *Historia verdadera de la conquista de Nueva España*, Madrid, Espasa, 1965, p. 515).

cesarán..., y lo que se descubriere..., se conquistará apostólicamente e cristianamente... mandando a los españoles que sopena de muerte, no entren en pueblo y casa de indio, sino que los religiosos entren por los pueblos y los españoles sin armas comiencen a entender en rescates y cosillas que los indios quieren...» La conquista pacífica tiene recia tradición en la España medieval.

Conquista y cristianización son tan diferentes como empleo de fuerza o de diálogo, de coerción o inculturación: Vivir como los vencidos, comer como ellos, ayudarlos en sus problemas, recuperar su dignidad, lengua, cultura, historia e integrarlos en la nueva sociedad naciente. No hubo iglesias separadas, ni audiencias diversas. Predican el evangelio y a la vez enseñan gramática castellana y latina, las humanidades que en España no querían explicar. A la vez aprenden nahuatl, tarasco, huasteco, zapoteco, mixteco, maya ... y otras lenguas indígenas y las reducen a gramática y diccionario. Los nativos hablarán pronto en castellano y algunos jóvenes del colegio Tratelolco también en latín. Una de las primera obras publicadas en México y en toda América lo dice todo en el título: *Doctrina christiana breve traducida en lengua mexicana*, México, 1539³. Lo mismo acaece en Perú: la segunda obra editada en Lima fue *Doctrina christiana y catecismo para instrucción de los indios y de las demás personas que han de ser enseñadas en nuestra sancta Fe..., traducida en las dos lenguas generales de este Reyno, Quichua y Aymara...*, Lima, 1583⁴. Lástima que no exista una colección de gramáticas y de catecismos en lenguas indias en nuestras bibliotecas. Hubiera sido una aportación inestimable al V Centenario del descubrimiento. Pero no lo quisieron los organizadores oficiales.

La evangelización de América sólo puede ser bien entendida si se excluye este punto de arranque. El hombre de hoy la critica a la luz de ideologías posteriores, sin valorar las luces y las sombras y analizarlas desde el conquistador, el conquistado y el misionero, situado entre ambos. Ya no se trata sólo de voluntad de servicio al hombre sino incluso de acierto científico a la luz de la escuela psicológica vienesa de Víctor Frankl.

³ (Juan Guillermo Durán. *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, Buenos Aires, Universidad Católica, I, p. 367).

⁴ (J.Guillermo Durán, *Monumenta Catechetica Hispanoamericana*, II, 421 ss; Ernesto de la Torre Villar. en *Fray Pedro de Gante, Doctrina cristiana en lengua mexicana*, México, 1981, introd. p. 42 ss; Justino Cortés Castellano, *El catecismo en pictogramas de fr.Pedro de Gante*, Madrid, FUE, 1887, todo el estudio introductorio).

He aquí una florecilla franciscana, sumamente ilustradora, narrada por Mendieta, uno de los autores más famosos de la primitiva iglesia indiana. Durante el viaje de los Doce desde Veracruz a México- ciudad (1525), los naturales no salían de su asombro ante el atuendo, comida y vida de aquellos pálidos frailes, tratados como tesoro por mandato de Hernán Cortés:

«Y se decían unos a otros: ¿Qué hombres son estos? ¿Qué manera de ropa traen? No son estos como los otros cristianos de Castilla. Y menudeaban mucho un vocablo suyo diciendo: *Motolinea, motolinea*. Y uno de los padres, llamado fray Toribio de Benavente, preguntó a un español qué quería decir aquel vocablo que tanto repetían. Respondió el español: *Motolinea* quiere decir pobre o pobreza. Entonces dijo fray Toribio: Ese será mi nombre para toda la vida»⁵.

El mandato de Quiñones había sido escueto: «Ahora, cuando ya declina el día, habéis sido llamados por el Padre de familia a ir a su viña *no por dinero sino sin promesa de pago, pisoteadores de la gloria del mundo, poseedores de la pobreza, para que, hechos necios para el mundo, convirtáis por la locura de la cruz.*»⁶

La *Obediencia e Instrucción* a los Doce debiera figurar en las antologías manuales de documentos de la historia de España y de América y en los libros más elementales de historia de la cultura. ¡Cómo la meterían por los ojos caso de haber sido escritas al otro lado de los Pirineos!

La pobreza como signo evangélico impresionó hondamente en México. He aquí un trozo de poesía nahuatl sobre la muerte de fray Pedro de Valencia, superior de los Doce, compuesto por de Chamalpahin en sus bellísimas *Relaciones*: «Y allí sobre la laguna (de Aquemecan) vino a morir como un muertito cualquiera... Lo único que quedó de él fue una casulla que revestía para decir misa, la cual había sido hecha según el arte traxcalteca, con pelo de conejos por trascaltecos mismos, mujercitas traxcaltecas la habían tejido... Es todo lo que nos quedó aquí en Aquemecan de él. Posteriormente apareció en Tlamanalco el cilicio que a modo de camisa usaba sobre el vientre para penitenciarse, hecho de crines de caballo»⁷.

⁵ (Mendieta J.. *Historia Eclesiástica Indiana*, México, 1945, p. 52-53).

⁶ (M. Andrés, *Texto de la Obediencia e Instrucción según el código 1600 de Viena*, Congreso de Franciscanos extremeños en el Nuevo Mundo. Actas y estudios, Guadalupe, 1986, 408-434).

⁷ (C.Chimalpahin. *Relaciones originales de Chalco Amaquemecan*, prefacio de Angel María Garibay, México, EFE, 1965, p. 254-255).

La comunión con los vencidos, basada en pobreza, sencillez y amor, protagonizó una de las gestas más importantes de la historia civil y eclesiástica del Nuevo Mundo. Hoy se llama inculturación, despojándola de su enraizamiento cristiano, en cuanto penetración en otra cultura y vida y actuación desde dentro de ella.

4.- *EL MÉTODO MISIONERO.*

Los Doce y sus compañeros evangelizadores querían una Iglesia cercana a la de los Hechos de los apóstoles, sin las lacras que afeaban a la europea y sin los inadecuados modos de evangelizar empleados con los moriscos de Granada. Es uno de los momentos cumbres de encuentro entre observancia y humanismo. A Nueva España habían viajado observantes y descalzos, parte selecta del catolicismo español, espoleados por su alta vida interior; eran auténticos místicos. Junto a ellos algunos seglares dignos de figurar en los anales de la Iglesia, de la sociedad mexicana y de la historia universal.

Uno de esos seglares, miembro de la segunda Audiencia de México, Vasco de Quiroga, había conocido de cerca el campamento de la Vega de Granada y el fracaso misionero de Hernando de Talavera y de Cisneros con los moriscos de la Ciudad del Genil y su entorno. Conocía así mismo la Iglesia apostólica y las grandes ideas humanistas de paz y justicia social, concretadas en la *Utopía* de Tomás Moro, publicada en 1516 y cantadas por Erasmo y Vives. Como jurista en ejercicio distinguía las tendencias de las facultades españolas de derecho y muchas interioridades de la reforma española aprendidas al lado de Hernando de Talavera. Así mismo estaba en contacto inmediato con el carácter bondadoso e inconstante del indio, como miembro de la Audiencia, y con el ideal de los franciscanos. También él soñaba con una cristiandad nueva y vigorosa, casi imposible de ser realizada en Europa.

En este ambiente nació la idea del hospital de Santa Fe, que sería continuado por los agustinos en Michoacán y otros pueblos evangelizados por los eremitas de San Agustín. «Hospital» tenía entonces un significado mucho más amplio que el actual: equivalía a centro genérico de hospitalidad.

Los hechos se desarrollaron así. «Había, dos leguas de México, un pueblo que se llamaba Santa Fe, fundado de los indios que, ya convertidos, querían

vivir vida más perfecta al modo apostólico y como en la vida religiosa, al cual venían los indios con todas sus familias. Y eran ya tantos que pasaban de los doce mil vecinos (unas treinta mil personas, dice Grijalba)... Fue autor de este santo instituto el licenciado Vasco de Quiroga... Este gran varón compró aquellas tierras de la redonda de Santa Fe, que son muchas y buenas, y daba destas tierras a los que allí se recogían, para que allí sembrasen y recogiesen lo que parecía ser suficiente para el sustento de sus familias, y que el resto del tiempo lo gastasen en ejercicios de perfección. De manera que aquellos indios imitaban en algo a los religiosos viviendo de tierras comunes y ocupándose en oración y vida perfecta»⁸.

Muchos historiadores actuales han creído ver realizada allí la *Utopía* de Tomás Moro. Sin olvidar su posible y limitada influencia, hay que destacar ante todo las ideas e ideales de los evangelizadores y las experiencias vividas antes de traspasar el océano. De otro modo impondremos nuestro parecer al de los protagonistas. Santa Fe y los hospitales sucesivos ofrecían amparo a los enfermos, acogida a los niños, descanso a los ancianos, hospedaje a los peregrinos, posibilidad de oración para los recién convertidos, centro de trabajo para los sanos, escuela, tierras de labrantío y de explotación ganadera, abastecimiento de alimentos ...

Los indios mismos lo servían por turno de semanas. En él guardaban vida austera, casi monacal. (Robert Ricard, *La conquista espiritual de México*, México, EFE, 1986, p. 260). No conozco realizaciones similares contemporáneas, intermedias entre casa religiosa y ciudad organizada.

Grijalba completa así el cuadro:

«En amaneciendo se juntaba todo el pueblo y rezaba la doctrina cristiana... En acabándose (la misa) iban a sus casa a comer un bocado, y los que tenían que hacer su labor se iban a ella; los demás se volvían a la iglesia, unos a deprender la doctrina, otros a enseñarla, de modo que todos estuviesen ocupados... A la oración (Angelus vespertino) se juntaban todos por barrios en todas las esquinas donde habían cruces altas y siempre adornadas con juncia y

⁸ (Grijalva, *Crónica de la Orden de N.P.S. Agustín en las provincias de Nueva España*, México, 1924, fol. 16).

flores, donde cantaban la doctrina... Y de aquí tuvo principio la ceremonia que después se estableció en la provincia de cantar la doctrina por barrios de noche en las esquinas y por la mañana en la iglesia. Esto de prima noche hasta hoy dura (escribe en 1624); el cantarla por la mañana, si no dura en toda la provincia, dura empero en la mayor parte de ella, que es las dos sierras, y en Mechoacán.

«Todos los viernes ayunaba todo el pueblo y había disciplina seca en la iglesia a prima noche... Con esto parecía aquel pueblo convento de religiosos más que república de seculares. Estaba contentísimo el licenciado Vasco de Quiroga, viendo puesto en ejecución su deseo y tan lucida obra» (Grijalba, o.c., fol. 16).

Allí se inició el método misionero de las *reducciones*, tan repetido en América española del centro y del Sur. Muchos sólo conocen las jesuíticas del Paraguay.

Profundísima cristianización de México y Suramérica, obra de observantes, jesuitas y místicos, ayudados por numerosos seglares. Sin ellos hubiera resultado tarea imposible. Entre todos enseñaron el catecismo y el silabario, construyeron iglesias, hospitales, colegios y universidades... Alvar Núñez de Vaca, en su caminar diez años desde la Florida hasta Sonora y el Océano pacífico, habló con diversas etnias de indios sobre salud, comida, Jesucristo, vida cristiana...; hacía sobre ellos la señal de la cruz; a veces los bautizaba. La narración de su increíble proeza termina con estas palabras dirigidas a Carlos V: «Dios nuestro Señor... quiera que en los días de Vuestra Majestad... estas gentes vengan a ser verdaderamente y con entera voluntad sujetas al verdadero Señor que las crió y redimió»⁹.

La pobreza y poco después las reducciones como ayuda a la catequización e inculturación, continuaron de algún modo hasta la independencia de los países americanos. Su efecto inmediato fue descrito en carta de 12 de Junio de 1931 al capítulo general de la orden franciscana reunido en Toulouse, desde el cual pasó a toda Europa:

⁹ (Alvar Núñez de Vaca, *Naufragios y Comentarios*, Madrid, 1984, Historia 16, cap. 36, p. 136).

«Muy reverendos padres: Sabed que andamos muy ocupados con grandes y continuos trabajos en la conversión de los infieles... por manos de nuestros religiosos... de la regular observancia. Se han bautizado más de un millón; quinientos templos de ídolos derribados por tierra y más de veinte mil figuras de demonios ... En muchos lugares están edificadas iglesias y oratorios... Y lo que pone más admiración es que antiguamente en su infidelidad tenían por costumbre en esta ciudad de México sacrificar a sus ídolos más de veinte mil corazones humanos, y agora no a los demonios más a Dios son ofrecidos con innumerables sacrificios de alabanza... y adorado con reverencia en aquellos lugares por los niños, hijos de estos naturales...

Hacen muchos de estos algunos ayunos... y continuas oraciones... Muchos de estos niños y otros mayores saben bien leer, escribir y cantar y han punto de canto. Confiéanse a menudo.. Cada convento de los nuestros tiene otra casa junto para enseñar en ella a los niños, donde hay escuela, dormitorio, refectorio y una devota capilla... Entre los frailes más aprovechados en la lengua de los naturales hay uno... llamado Pedro de Gante, lego. Tiene diligentísimo cuidado de más de 600 niños...; instruye a mozos y mozas que se han de casar en las cosas de nuestra santa fe cristiana...

Para la manutención y doctrina de las mozas envió desde España la serenísima princesa D^a. Isabel seis mujeres honradas, castellanas, avisadas y prudentes, y mandó por sus cédulas que se hiciese una casa tan grande y cumplida... que pudiese tener y enseñar mil doncellas... Y así por una admirable manera se convierten a la fe católica los indios... Después ellos y ellas enseñan a sus padres lo que aprendieron. Por lo cual parece haber dicho de ellos el Profeta David: De la boca de los niños y de los que aún maman, hiciste, Señor perfecta alabanza...»¹⁰. Estas noticias se extendieron como pólvora por toda Europa. Pedro de Gante había escrito otra similar a los religiosos y familiares suyos de Flandes, en Junio de 1529; él es autor de una *Doctrina cristiana en lengua mexicana*, de la cual hablé poco antes.

Ningún documento mejor para valorar los aspectos positivos y negativos de aquella cristianización. Esta carta y otras muchas de los misioneros fijaron la atención de la Iglesia española en el Nuevo Mundo. Hasta los mismos

¹⁰ (Icabalceta, *Fray Francisco de Zumárraga*, México, 1947, II, p. 300 ss; M. Andrés, *La espiritualidad de los Doce*, en «Congreso Franciscanos extremeños en el Nuevo Mundo. Actas y estudios», Guadalupe, 1987, p. 380-382).

protagonistas tomaron conciencia de que fray Martín de Valencia era un auténtico anti-Lutero por ser religioso, tener el mismo nombre que el heresiarca (Martín) y haber multiplicado el número de católicos, cuando en Europa tantos bautizados abrazaban la herejía.

España jurídica y políticamente consideró sus dominios ultramarinos como una prolongación de la metrópoli. La mentalidad española creó el concepto unitario de una amplia patria rasgada físicamente por espaciosos mares, convergente en la persona del monarca. Esa consideración jurídica, política y religiosa, vivida ya en Canarias, se prolongó en los primeros obispados trasoceánicos, dependientes del metropolitano de Sevilla. La realidad física y política de los descubrimientos espoleó y encauzó la conciencia misionera de la reforma española y convirtió la cristianización de América en preocupación primaria de los religiosos y de la Iglesia. ¡Qué pocos misioneros españoles figuran en los campos protestantes europeos frente a los miles que dieron su vida en América y Filipinas, incluso después de terminado el concilio de Trento y de retornado Felipe II de último viaje por Europa!.

Los misioneros equilibraron la gigantesca empresa de la conquista de casi todo un continente con escasísimos medios militares, imposibles de controlar sobre todo en momentos críticos de peligro o de suspicacia. Ellos evitaron muchas injusticias, frenaron atropellos, pusieron humanidad entre vencedores y vencidos, sembraron convivencia y amor en una sociedad dividida. Se injertaron en los nuevos pueblos, aprendieron sus lenguas y las sacaron a la luz de la cultura universal con sus gramáticas y diccionarios, hospitales, colegios y universidades.

Fueron hombres de su tiempo, no del nuestro, con grandes aciertos y desaciertos, movidos por amor a Dios y al hombre. No buscaron sistemáticamente dinero, teniéndolo con frecuencia al alcance de la mano; ni poder y placer, que no estaban lejos de sus posibilidades. Existe estiercol incluso en los más cuidados jardines, pero no es lo predominante en ellos ni en la iglesia americana naciente.

En las crónicas de las órdenes mendicantes de Nueva España se habla con frecuencia de los «nueve de la fama», es decir de nueve misioneros, espejo de aquella epopeya, que merecen figurar con letras de oro al lado de los doce de la isla del Gallo y otros similares. Forman esa novena tres franciscanos, tres dominicos y tres agustinos. La reducción a una terna de cada orden religiosa

no disminuye la grandeza de una obra en la que tomaron parte tantos héroes anónimos de la Iglesia y de la humanidad. La Iglesia española se volcó en la cristianización de América y dejó más de lado el problema de Europa. Una población de poco más de siete millones no podía llenar tanto hueco. También ayudaron a los españoles algunos de otras naciones. Tampoco ellos pensaron en el ideal de la conquista de Jerusalén.

He tratado de ofrecer una breve incursión en la vida espiritual de unas generaciones que pasaron desde la difícil convivencia de las tres religiones a la unidad religiosa; desde las fricciones con el humanismo formal a coincidir en el tema de la dignidad esencial del hombre y del cristiano, en estilo literario bien cuidado; del ideal de la conquista de Jerusalén al de la cristianización de América. La humildad y la pobreza consiguieron juntar a vencedores y vencidos en una misma iglesia y en una misma Audiencia, y contribuyeron a convertir el Atlántico en mar de la cultura durante varios siglos. ¿Qué sucederá hoy con el Pacífico, que pasa por circunstancias similares? Tres temas céntricos, casi diría concéntricos, en la espiritualidad de la Edad de Oro.

Cuando se ahonde en la conjunción entre observancia estricta- estrictísima y humanismo se entenderá mejor la historia de Europa a ambos lados del Atlántico, prescindiendo de leyendas y colores y se podrá contemplar con más acierto el futuro europeo y mundial.